

CORREO CONCENTRADO

CORREO CONCENTRADO

El Castellano

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica martes y sábados.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Punto de suscripción y venta.
Toledo: D. Elias Galán, Comercio, 22
Madrid: kiosco de El Debate, frente a las Calatravas.
Anuncios económicos.

Precio de suscripción.
Un año..... 5,00 pesetas
Número suelto..... 0,05
Pago adelantado.

MALA DIRECCION

Si al anuncio de concesiones por parte de las Compañías hubiera cesado la huelga, los obreros hubieran ganado mucho.

Las mejoras obtenidas y el respeto de los patronos a las agrupaciones ferroviarias, garantía más que suficiente para los intereses obreros y seguro camino para obtener buen despacho en toda petición justa que en el transcurso del tiempo pudieran hacer.

Si la huelga se hubiera circunscrito a la red catalana, la opinión del país y los intereses, amenazados hubieran ejercido una saludable presión sobre las Compañías y hubieran vendido los obreros.

Declarada la huelga general, la razón vuelve la espalda a los obreros. La alarma de la sociedad es intencional, porque ve todos los intereses amenazados, y por el interés de unos pocos, paralizada la energía nacional.

El Gobierno interviene por ser asunto de derecho público, y la fuerza hará entrar en el cauce del derecho a quien voluntariamente se coloca fuera de la ley.

El miedo a la invasión de una epidemia hace tomar precauciones; cuando se declara, no queda más recurso que extirpar los focos.

Los directores del movimiento obrero han estado tan torpes como el Gobierno.

El meollo que ha dado la Prensa a las declaraciones de Canalejas sobre los dividendos y ganancias de las Compañías, ha puesto en evidencia que, nuestros gobernantes, favorecen a los capitalistas cuando tienen razón y cuando no la tienen, y eso... no es gobernar.

Ya dijo el Presidente hace poco que la democracia es cara.

Cara en efecto cuesta al país, y principalmente a los obreros.

Las vistas a la anarquía cuestan caras en las ciudades y en los campos.

Chimografía madrileña.

DOS CONTRASTES

El Gerente es Director de la Compañía del Norte, Sr. Boix, cobra 125.000 pesetas de sueldo anual. El funcionario de la misma categoría de M. Z. A., Sr. Mariñany, percibido entre sueldos y gratificaciones en 1911, 150.000 pesetas.

En 1.º de Enero del año actual, el Gerente Boix plantó una cuestión: para el mejor cumplimiento de sus deberes tenía que fijar su domicilio en Madrid, y las habitaciones decaídas en la Corte y Villa se han puesto inaccesibles a los bolsillos de los pequeños burgueses. El Sr. Boix se consideraba con derecho a que la Compañía le diese una indemnización de residencia. Dirigió expresándose en este sentido una instancia enérgica y razonada al Consejo de Administración, y los Consejeros, considerándolo justa las pretensiones del Sr. Boix, le señalaron 10.000 pesetas más al año para que pudiera tomar un buen pisito.

Seis meses después, el Sr. Boix, como Director Gerente, tuvo que formular una petición formulada por los guardafrenos de la Compañía.

Estas sátrapas del proletariado ferroviario, no satisfechos con viajar diecisiete horas diarias en tren disfrutando de otras espantosas garitas que les permiten respirar día y noche

los aires puros a pulmón lleno, por lo que cobran nueve y diez reales de jornal, piden la gollería de un aumento que importa quince duros más al año para cada uno.

El informe del Sr. Boix atentó a los intereses de la Empresa, no pudo ser más definitivo; la petición de los guardafrenos es inaceptable.

Contestó en estos términos el Gerente que cobra 27.000 duros al año a los obreros que ganan nueve reales de jornal: han protestado éstos del criterio intransigente de la Empresa, y su protesta, poco meditada sin duda, le parece una insolencia dirigida al Sr. Boix, una brutalidad al Ministro Villanueva, un caso de absurda tiranía al Sr. Canalejas, y el reportero Pozuñez, que tiene contratado con la Compañía la deuda de gratitud que suponen unos billetes de favor al año, se ha enfurecido hasta el punto de considerar como grave caso de indisciplina social, que los clamores de los guardafrenos no hayan sido ahogados en sangre.

Cirvent.

INSTITUCIONES OBRERAS

Otros Sindicatos.

Hay también en París el Sindicato de damas empleadas del Comercio y de la Industria, cuyo número de adherentes es de 2.000; el Sindicato de Empleadas del Comercio, Banca y similiares, y los Sindicatos Obreros de la calle de la Universidad. Estos últimos celebraron el 12 de Mayo pasado el tercer aniversario de su fundación, con una misa y un banquete. Su efectivo es de 600 miembros y, al parecer, persiguen una obra eficaz y positiva para la clase. La escasez de tiempo nos privó del placer de visitarlos, pero era nuestro deseo.

Existen también el Sindicato Textil de Hattain, el cual ha intervenido eficazmente en algunos conflictos económicos y que cuenta con 1.030 miembros y otros sindicatos de la misma industria, sumando en junto 3.200 socios, cuyos propósitos son de constituir una federación y afiliarse a la Federación Internacional Textil fundada en 1908.

La Confederación General del Trabajo.

Había salido de aquí con un convencimiento, que no es lo mismo que con prejuicios. Claro, que como se escribe tanto, aunque con mis modestos alcances, había llegado a formar una idea de las aspiraciones y la posición de las distintas fuerzas obreras en el mundo. Un socialismo ortodoxo sometido a las pautas revolucionarias de Marx, esperando la anhelada igualdad económica en la lucha entre pobres y ricos, más de la fatalidad de los hechos que de la actividad de las masas; otro socialismo moderado aprovechándose de lo actual, más confiado en la conquista del porvenir colectivista, por su constante y tenaz influencia en la evolución legislativa; un catolicismo social que sin cerrarse a los razonables cambios en el régimen y convencido de que siempre ha de haber pobres y ricos, se pone decididamente al lado de las clases proletarias para procurar su mayor mejora y elevación, utilizando como único medio los principios fundamentales del imperio, cada vez más acentuado, de las ideas cristianas, consagrando la estabilidad y el respeto a la familia, lo mismo que la seguridad de que cada uno consiga lo que a su mérito correspondía y nadie sea abandonado

en sus necesidades, y un sindicalismo exaltado y aventurero, como última fórmula del socialismo, que quiere organizar las masas obreras para conducirlos a una sociedad comunista y obrerista por el estímulo nunca mitigado de la lucha de clases, sino sostenido de día a día por los actos de violencia directa que vayan preparando la violencia definitiva de la huelga general revolucionaria.

Verdaderamente que de todo, sólo me interesaban dos cosas; porque es incuestionable que el socialismo clásico cada día va cediendo más el campo a este sindicalismo nuevo que, como fruto lógico de todas las doctrinas apartadas del criterio cristiano, asoma espontáneamente por todas partes y es la concepción de la imaginación francesa y la del espíritu práctico americano; y de Francia pasa a Italia y España, y de los Estados Unidos se transporta a Inglaterra, y como gota de aceite, va espaciándose en todo el mundo. Me interesaba, pues, conocer este movimiento sindicalista y lo único que puede ponerle juicio: la organización obrera según los principios del catolicismo social. Por eso tuve placer extraordinario en visitar la Confederación General del Trabajo francesa, donde este sindicalismo antipatriótico, antimilitarista y de las reflexiones sobre la violencia tiene su cátedra. Convencidos estamos de que la mezcla de la política en el movimiento obrero no ha servido más que para engordar a algunos. Está bien el pensar que el Sindicato no debe servir sólo para mejorar la suerte de sus miembros, sino también para dar la significación que merece a la clase. Nadie dice que la organización económica actual sea el paraíso y que el salario y el patronato sean formas definitivas. Nadie supone que la ley sola, sin el cuidado de las clases obreras, puede constituir un remedio perfecto de sus males; pero de esto a sostener que se haya de prescindir del Estado, que la renovación social haya de esperarse sólo de una violencia constante de las clases obreras, hay una distancia incommensurable.

En un ambiente de odio, como el que suscita el sindicalismo, haciendo justos todos los medios, con sólo la idea fija de expropiar al capital, recordando por eso del sentimiento de patria y autoridad, de todo lo que puede oponerse a la expansión ilimitada de los deseos y de las concupiscencias, claramente no se ve la educación a propósito para llegar a una situación de paz y de orden, y no se comprende como la clase obrera, preparada de este modo, esté capacitada para asegurar la continuidad del progreso moral y económico. Parece más racional la unión de los trabajadores para determinar a la autoridad a que dé fórmulas para llegar a la justicia, y resulta más apropiado el sistema nuestro de conseguir la implantación corporativa, donde alcance el obrero lo que deba y ceda el capital lo que le toque, llegando sin sangre a soluciones cada vez más asociativas y fraternales que aseguren la prosperidad común. A medida que tales instituciones prosperen, habrá de hacerse más comprensible la necesidad de la independencia de la patria, en donde vaya realizándose la justicia, de la autoridad y de todos los elementos morales, intelectuales y de fuerza precisos para sostenerla, ahogando ese punto de vista exclusivo y brutal de que la humanidad sólo es el vientre de cada uno.

Francoisco Barraquina.

Un libro de Gómez Carrillo criticado por «López Mejilla».

El defensor de Pilatos.

Entre los personajes que durante la pasión del Salvador van desfilando, en procesión siniestra, por las páginas del Evangelio, hay uno sobre el cual cada generación cristiana ha lanzado un anatema: Pilatos. No fué traidor como Judas, ni brutal como Caifás, ni cínico como Herodes, ni fanático como el pueblo; fué sencillamente cobarde; y la cobardía es falta que los hombres no perdonan.

Si «no encontraba en Jesucristo culpa alguna», debió declararle inocente. Deseos no le faltaban, ni careció tampoco de oportunas advertencias; pero se las había con enemigos que sabían pronunciar a tiempo el nombre de «César».

Hablar de César en la forma en que los judíos lo hicieron, era hablar del «problema de los garbanos». [El eterno problema que ha dado en tierra con tantos heroísmos...] Pilatos no supo resistir. Por conservar la amistad del César, comenzó a ceder y mandó azotar a Jesús.

Y esto le parece al Sr. Carrillo piedad y equidad. «Y en su piedad, en su equidad, mejor dicho, el procurador llega hasta hacer azotar al Justo.» Si eso entiende usted por piedad, señor Carrillo, libéreme Dios de que usted se apiade de mí. La cobardía es siempre detestable; en la autoridad es una nota infamante que ningún eufemismo puede disminuir.

Es peligroso comenzar transigiendo con las peñones ajenas y con el egoísmo propio; comenzar a ceder es comenzar a ser derrotado. Caminaba un campesino en su trineo por las estepas de Rusia. Ni un árbol en la llanura inconfinada, ni persona viviente en aquella soledad de desierto.

Una manada de lobos aullaba furiosamente. Aullaba sin cesar, cada vez más cerca. Un salto más y estarían sobre el trineo....

El campesino, desesperado, ogeó a uno de sus hijos que, lleno de miedo, se aprista contra el regazo de su madre, y lo arroja a las fieras.

Un momento para disputarse la presa y devorarla.... Hélos ya nuevamente al lado del trineo.... Uno tras otro, los hijos del infeliz campesino fueron devorados....

Pilatos comenzó cediendo, y las turbas, alentadas por la primera cobardía, siguieron gritando.

La conclusión es sabida: de concesión en concesión, Pilatos llegó a perpetrar el más horrendo crimen que en el mundo se haya cometido: condenó a ignominiosa muerte al Salvador de los hombres.

Sr. Carrillo: no se puede ser piadoso ni equitativo... a costa del prójimo.

Esa piedad es demasiado cómoda.

El defensor de Judas.

Dos explicaciones de la traición de Judas conoce el Sr. Carrillo: una, la de «el derto dramaturgo francés que «no le parece absurda» y otra.... la suya, es decir, la de Renán.

Según la primera, Judas es un filósofo, un peregrino de la verdad, que va de secta en secta, en pos de la luz. Cuando Jesús aparece, Judas se declara, discípulo «yo. Otros maestros ha tenido antes, pero no han logrado satisfacer las ansias que siente de verdad. ¿Estará condenado a sufrir nueva desilusión? ¿Será el nuevo maestro una luz errante que se le aparecerá un momento para dejarle sumido en mayor oscuridad?

Todo esto crea en Judas un estado psicológico lleno de tremendas ansiedades. ¡Ah, si él pudiera creer sin ver! ¡Si pudiera acallar con una fe sencilla los gritos de la conciencia! Pero no, Judas necesita certidumbre; los juegos malabares con nombre de milagros, no logran imponer a su espíritu atormentado el sentimiento de la fe. Es necesaria una prueba, una demostración definitiva. Judas busca esa prueba. Venderá al Maestro. Si éste es Dios no morirá....

«Cual una paloma mística se escapará de los calabozos inquisitoriales. Pero Jesucristo murió. Con él murió también la última esperanza de Judas.

Y entonces el discípulo traidor se ocultó de un árbol.

«Esto, nos advierte Carrillo, no es más que una hipótesis, claro está.» Pero no es una hipótesis absurda.

El, sin embargo, conoce otra hipótesis más plausible. Judas fué un engañado. Las luchas de Jesús contra los mercaderes, contra los sacerdotes, contra los ricos, habían hecho caer a Judas en la austeridad del Maestro. Así es que el desengaño fué violento. Al encontrar a Jesús en casa de Simón, sentado en una butaca (¡por Dios, hombre, que hablar de butacas en aquellos tiempos es como hablar de automóviles en tiempo de los reyes godos!), al ver a María que, a sus pies, embelesada oye sus discursos, no puede menos de preguntarse si no hay algo de cambiado en el carácter del Maestro.

Viene después el episodio del vaso de alabastro, que María rompió para ungir la cabeza de Jesús, y Judas, al ver que Jesús no impide aquel desfilirio, se marcha indignado. «Sus ojos brillan en la sombra. De sus labios se exhalan frases como las que, al salir de algunas reuniones de anarquistas, pronuncian los compañeros que se creen engañados por los jefes de partido. Y, verdaderamente, en su violencia y en su demencia, llegamos a considerarle, no con simpatía, ¡oh, no!, pero sí con piedad, con una infinita piedad muy triste.»

Verdaderamente: cuando se ve a un hombre colgado de un árbol, haciendo macabras piruetas en el aire, aunque ese hombre se llame Judas, es cosa noble sentir una infinita piedad muy triste.

Menos noble me parece ese afán de rehabilitar a Judas. ¿A qué intentar purificarle de ese estigma infamante con que, para eterna enseñanza, le traidores, le han señalado disincruente siglos? ¿Por qué ese esfuerzo de glorificar como héroe el que no fué más que vulgarísimo ladrón?

Lo menos que se puede exigir a un novelista que toma sus asuntos de la historia, es que respete el carácter de sus personajes. ¿Y quién admirará que Judas fuese un filósofo ó un desengañado?

Sabe demasiado el Judas de Renán y de Carrillo. Se adviene que ha leído periódicos anticlericales y asistido a reuniones anárquico-socialistas.

El Judas auténtico carecía de toda cultura. Sobre su cabeza obtusa debían de rebotar las ideas como el agua sobre los guijarros. Quizás no sabía leer. El Evangelio dice sencillamente que era hijo de un curtidor de pieles. Vestirse con el manto del filósofo ó con la blusa de obrero de fábrica es convertirle en ridícula caricatura.

No era Judas un filósofo que, desconfiado de encontrar la verdad, se suicida; ni un desengañado que, al conocer su error, se cuelga de un árbol. Muere a manos de